

---

## FILIACIÓN Y PATERNIDAD ESPIRITUALES

He aquí los epígrafes del capítulo XI de *El hombre en busca de su humanidad*. Ponemos en cursiva los elementos que dan la pauta del hilo del pensamiento de Légaut:

I. El hombre es un *solitario* pero no debe ser un ser *aislado*.– El *encuentro* que rompe el aislamiento espiritual de dos seres exige de ellos adecuadas condiciones íntimas.– La sociedad y la ideología *facilitan* hasta cierto punto este encuentro.– *Filiación y paternidad espirituales*.– Filiación y paternidad *ayudan* a cada uno de los dos a comprometerse en su *misión*.– La *muerte* no interrumpe ni la paternidad ni la filiación.– Filiación y paternidad, al margen de cualquier encuentro directo, pueden desarrollarse mediante una *comprensión particularmente profunda de la obra nacida del ser de uno de los dos*.

II. Las familias según el espíritu.– Sólo se puede pertenecer a una familia espiritual.– Diferencias irreductibles, complementariedad y convergencia, en el límite, de las familias espirituales.– Cómo, a través de las familias espirituales y gracias a ellas, podrían los hombres entrever su unidad fundamental.

III. *Para el desarrollo de la vida espiritual se necesita una delicada emancipación*.– Esta emancipación va acompañada de una *reconstrucción*.– *Faltas y pecado*.– El pecado pertenece al orden de la fe.– El pecado es la negativa con la que el hombre se rechaza a sí mismo, antes de ser, si ello fuera posible de hecho, rechazo que se opone a Dios.– Las faltas pueden ser, a la postre, beneficiosas pero el pecado es un suicidio espiritual.– Para llegar a la naturaleza del pecado en su trascendencia hay que superar la de la falta, igual que, para tener fe en Dios, hay que *dejar atrás* toda ideología sobre Dios.

IV. Papel de la paternidad espiritual en la *expansión* de la vida espiritual.– Para ejercer la paternidad espiritual, *hay que haberse encontrado a sí mismo*.

---

(\*) Esta selección del capítulo 11 de *El hombre en busca de su humanidad* es distinta de las anteriores. Incorpora fragmentos de otras obras de Légaut que están relacionados con el tema de la filiación y paternidad espirituales. Más que un resumen, recoge, tal cual, algunos fragmentos del capítulo. D.M. y J.A.R.

---

V. Es difícil perseverar hasta el final en el camino ascendente de la misión.–  
Filiación y paternidad espirituales *están íntimamente unidas a la realización de la misión.*

De este conjunto, hemos seleccionado la lectura de los dos epígrafes iniciales de la sección IIIª: «Para el desarrollo de la vida espiritual se necesita una delicada emancipación», «acompañada de una reconstrucción». A estos dos epígrafes, les añadimos, esta vez, otros fragmentos tomados de otros textos de Légaut. Reunimos así los *cuatro sintagmas* con los que Légaut caracteriza, a lo largo de su obra, *tanto el nacimiento a la vida espiritual*, cuyo núcleo es el paso de la «adhesión ideológica» a la «fe», como la *expansión posterior de dicha vida espiritual.*

Dicho nacimiento y expansión comportan una «*delicada emancipación*» seguida de una «reconstrucción»; así como una «*progresiva sustitución*» de una concepción de Dios por otra; hasta acceder a una «*vigorosa independencia*» y a una «*maravillosa inseguridad*», propia de la vida de fe. El *papel* de la paternidad espiritual destaca en este entorno pues *es capital* en el «nacimiento» y la expansión que definen los cuatro sintagmas. Por eso, tras los fragmentos sobre dichos sintagmas, en los que la «paternidad espiritual» ya aparece, añadiremos, para terminar, otros dos epígrafes del capítulo XI, acerca del «*encuentro*» entre dos seres, el mayor y el más joven, que es en donde surgen la filiación y la paternidad espirituales.

## LOS 4 SINTAGMAS

### [I] DELICADA EMANCIPACIÓN

Probablemente, los párrafos que siguen sean uno de los fragmentos narrativo-descriptivos más acertados de toda la obra de Légaut. En este fragmento los lectores de los resúmenes anteriores encontrarán descrito, en síntesis, el proceso de pasar de la adhesión ideológica a la fe; proceso en el que la superación del miedo es fun-

---

damental. Quisiéramos subrayar, además, dos elementos específicos de este fragmento: la distinción que hace Légaut de dos tipos de *sacri-ficio* según que éstos provengan de la exigencia ideológica o de las exigencias interiores propias de la fe; y, en segundo lugar, la distinción que hace asimismo de dos tipos de *duda*.

Muchos seres, generosos pero influenciables, conocieron, en la vida espiritual, un *punto de partida fácil* al consagrarse, sin verdadero discernimiento o con ciega sumisión, a venerables *tradiciones* o a grandiosas *ideologías*. Estos seres, al no ser capaces de criticarlas suficientemente y de sobrepasarlas y llegar al nivel de la *fe* propiamente dicha, se encuentran, con el tiempo, metidos de lleno en un *callejón sin salida* pues tanto unas como otras –tradiciones e ideologías– sólo son *medios* limitados que suelen convertirse, con el tiempo, en *obstáculos*. Con demasiada frecuencia, a pesar de su antigua fecundidad, pierden eficacia con el tiempo, ya sea por empalago o por rigidez, como consecuencia del uso por parte de la *mediocridad* humana. En ausencia de seres que las hubieran reinventado para que pudieran responder a sus aspiraciones y necesidades personales, acaban por estancar y encallar a sus adeptos después de haberles dado vida en un comienzo.

A partir de una determinada etapa de la vida espiritual, para proseguir la marcha y no derivar insensiblemente hacia la rutina, el sectarismo o la indiferencia, el hombre tiene que *dejar de formar parte* sin reticencias de la sociedad que lo envuelve, y tiene que *dejar de adherirse* sin reservas a la doctrina que, útilmente, en su juventud, le proporcionó una concepción de la vida y del mundo. Es necesario que acepte lealmente tener que *impugnar* tanto a una como a otra –sociedad y doctrina– a medida que su desarrollo interior y sus circunstancias lo lleven a sentir las como insatisfactorias y a despertar en él reticencias y reservas.

Sólo a fuerza de una *valentía* lúcida y tenaz alcanzará una *madurez real* y llegará al nivel de la *fe*. A lo largo de este camino, al que con frecuencia se siente llamado de forma continua y a veces imperiosa, tendrá que enfrentarse con escrúpulos que argumentan invocando la fidelidad a su medio o a su pasado. Le parecerá captar que su

---

secreta reacción contra lo que se hace, se dice o se piensa a su alrededor proviene sólo de una orgullosa rebelión, de un empedernido espíritu de contradicción, de una tendencia viciosa al individualismo, de una inveterada inadaptación, que es lo que de hecho muchos piensan de él a su alrededor, y de lo que intentan persuadirle. Con toda seguridad, también la timidez, el miedo, la pereza y el respeto humano, así como quizás algunos temores respecto de su situación social, no dejarán de ser otras tantas causas de las dudas que irá sintiendo a medida que se adentre en este camino.

Si no sobremontara todos estos obstáculos interiores y exteriores, ¿cómo podría, sometido a la fuerte y continua presión del medio social, y a la autoridad de una doctrina coherente y segura de sí, no *confinarse* ni deslizarse en alguna espiritualidad o filosofía *genérica*, hecha para todos, enseñada a todos, repetida por todos y que todos se contentan con vivir de forma puramente cerebral, sentimental, colectiva o tradicional?

Durante esta *delicada emancipación*, el hombre, afinado ya espiritualmente y en camino de ser, siente, por un lado, sin cesar, la llamada del mar abierto, y, por otro, se vuelve, también sin cesar, hacia la costa. Avanza y retrocede siguiendo sus ritmos interiores: a veces audaz y a veces cauto en demasía. Vacila y tantea. No le falta la *luz*, aunque tampoco ésta le ayuda a responder a todas las preguntas, pero le falta la *fuerza*. Y eso que la necesita especialmente: ya sea para vencer el miedo a lo desconocido, que seguro que se le presentará cuando responda a esta llamada; ya sea para dominar el vértigo ante la elevación espiritual, que seguro que se le exigirá y que ya de antemano presente; o ya sea también para no declararse en bancarrota.

Por un lado, se siente atraído por el conformismo ambiental, plácido y sin historia, cuya inexorable necesidad social y fatalidad comprende; conformismo que se contenta con una disciplina colectiva y verbal que garantiza una aprobación y seguridad más bien baratas. Por otro lado, y al mismo tiempo, ante sus ojos brilla la estrella de la que no puede dudar, incluso si lo que sugiere parece paradójico y utópico al compararlo con lo que puede realizarse o tan sólo concebirse a su alrededor. Además, ¿acaso su luz no suele verse turba-

---

da, si no oscurecida, por los *excesos de un espíritu crítico* al que a veces tiene la debilidad de amar por sí mismo, satisfaciendo así un viejo fondo de violencia; excesos de espíritu crítico que tampoco dejan de inquietarle en otros momentos?

Sentimentalmente vinculado, por justos motivos, a un pasado y a un medio que en gran parte fueron beneficiosos para él y le han hecho ser tal como es ahora, se siente invenciblemente llamado a ser un poco aparte, tenso hacia un porvenir que a la vez espera y capta. Lo mejor y lo no tan bueno lo empujan en dos direcciones opuestas aunque, paradójicamente, en el mismo sentido porque ¡todo está tan inextricablemente mezclado en el hombre!

¡Qué obra tan singular, esta emancipación hacia lo alto, más allá de los horizontes ordinarios propuestos por toda sociedad, sea cual sea! Esta emancipación, si se juzga excesivamente desde lejos, sin fe en quien la lleva adelante, *se confunde* fácilmente con el abandono de disciplinas indispensables, con el rechazo de solidaridades necesarias, con la desertión y la apostasía. Con frecuencia, el hombre, cuando, al ser íntimamente solicitado por esa emancipación, *se niega* a ella, se siente poderosamente inclinado a *juzgarla* de modo pesimista y severo al verla despuntar después en otros; pero lo hace bajo la presión de un prejuicio que brota de su auto-defensa, de su derrotismo espiritual y de una “sabiduría política” que se las da de realista.

Esta emancipación va acompañada de una *reconstrucción*. A este hombre le ha llegado, en definitiva, el tiempo de *tener que repensar, de arriba abajo*, las evidencias y los comportamientos que surgieron, más que de una acogida, de una imposición, a fin de *redescubrirlos* según convenga, a su manera, a su ritmo y a su aire, conforme a las etapas de su maduración. De no obrar así, por una parte, las evidencias estarán condenadas a petrificarse en certezas dogmáticas o, lo que es peor, en consignas en las que se infiltrará el conformismo y la indiferencia más que la convicción; y, por otra parte, los comportamientos degenerarán en observancias rutinarias por más que uno crea mantenerlos con plena libertad y por propia iniciativa.

---

La *actividad íntima, singular* para cada uno, de repensar las evidencias y los comportamientos pide una *fidelidad* que es distinta y más exigente que la *obediencia* general –incluso estricta– a lo que se piensa y se hace en su medio: disciplina normalmente ayudada y casi impuesta por el clima social.

Indudablemente, ambas –fidelidad y obediencia– exigen *sacrificios*. Sin embargo, mientras *unos*, los dictados por la obediencia, a veces aplastan e incluso llegan a destruir a quien se somete a ellos pues lo convierten en esclavo y no en hombre libre, los *otros*, en cambio, los dictados por la fidelidad –incluso aquellos que nadie puede mandar por ser extremos–, resultan beneficiosos porque la luz que los propone brota del ser mismo que debe realizarlos. Por eso, si el hombre los acepta del todo, se alza al nivel espiritual en el que el daño causado puede convertirse en un bien gracias a una actividad creadora de la que sólo entonces él mismo es capaz. Este bien es capital pues ningún otro camino, objeto posible de su elección consciente, hubiera podido aportárselo, aun dedicándose a buscarlo, generosa y tenazmente, el resto de sus días.

Una emancipación así *exorciza la duda* de todo vértigo, de toda sospecha: al afrontar la duda con rectitud y paciencia, el hombre avanza por el camino que lo conduce a *una certeza auténticamente humana*, no la que se recibe desde fuera nacida de argumentos generales, condenada por ello a quedarse en lo abstracto, siempre precaria al contacto con la experiencia, sino *aquella que extrae su fuerza del sentido de su ser*, alcanzado por el hombre poco a poco; *sentido que se eleva desde dentro, que brota de la fe en sí mismo y de la fe en Dios*, por más que esto permanezca escondido. ¡Camino ascendente! Camino exigente, *ignorado por la adhesión ideológica* que, incluso cuando pide mucho, dispensa de este esfuerzo extremado y continuo, al que sustituye por el ejercicio preciso y acotado de la sumisión a la doctrina.

Esta emancipación se realiza en una atmósfera básicamente optimista. Por ella, el hombre aprende a creer en la importancia e incluso en la necesidad de lo que hay en él con vistas a su propia maduración personal; a confiar sin impaciencia en lo que espontáneamente asciende de sus profundidades en cada edad de la vida; a no temer nada que no sea su propia *sordera*, bien sea ésta debida a una

---

virtud mal entendida o a una defensa instintiva, surgida de la inercia o del *miedo*, cuando la llamada del ser se murmura en él a través de sus crecimientos, crisis e incluso abatimientos.

De un modo especial, esta emancipación asigna a los *instintos* del hombre, a su despliegue y expansión, a primera vista anárquicos, un lugar indispensable en su ahondamiento espiritual. Le enseña a no embridarlos con violencia sino a reconocerles su propia grandeza: ella es la que les irá imponiendo, no sin búsquedas ni vacilaciones, los límites que tendrán que respetar y las aspiraciones superiores que deberán alumbrar y satisfacer. De este modo, gracias una experiencia tejida de caídas y de restablecimientos, de avances y de retrocesos, el hombre *entra en la humildad sin cargarse de humillaciones*; iluminado por la claridad a la que se acerca, descubre su invencible ignorancia, reconoce su impotencia básica, se adhiere a ambas y, en esa misma medida, *paradójicamente*, crece en el ser. (1)

## [II] PROGRESIVA SUSTITUCIÓN

El texto que sigue sintetiza el paso de una concepción de «Dios» propia de «nuestro padre cromañón» –como decía Légaut no sin humor– a una «*intuición reflexionada pero siempre tanteante de Dios*» que el hombre entrevé cuando accede a la vida espiritual propia de la «fe» adulta. Un paso parecido al expuesto aquí dentro del cristianismo es el que debe dar cualquier hombre respecto de cualquier ideología y respecto de la adhesión que ésta le exige.

Al comienzo de la vida, el hombre se hace una idea de Dios que sólo puede concebir pasivamente, según el pensar común. Esta idea es, por lo regular, la simple transposición, al universo mental actual, de la misma idea que, *desde los tiempos más remotos*, ha impedado en todas las épocas. Es una idea que, por más primitiva e instintiva que parezca, viene tan desde el fondo de las edades y está

---

(1) *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, págs. 265-269.

---

tan unida a la piel de nuestra especie que todavía hoy se impone de forma brutal en las horas en que el hombre se siente amenazado en lo que es vital para él.

En nuestra época, la concepción que el hombre tiene de Dios en su juventud va perdiendo paulatinamente su influencia, a medida que progresa en conciencia de sí y alcanza algo de autonomía frente a todo lo que hasta ahora le había moldeado más que formado. Gracias a los progresos de las ciencias y con ocasión de algunos acontecimientos de su vida, el hombre se ve llevado poco a poco –si no se resiste a ello con obstinación– a *impugnar* la concepción de Dios que había suscrito inicialmente *sin apenas haberla pensado* de veras. Si no se detiene y retrocede en el camino que se le abre cuando procura ser auténtico en sus acciones y en especial en su plegaria, el hombre, a lo largo de la vida, *acaba por remplazar su creencia espontánea y segura sobre Dios por una intuición reflexionada pero siempre tanteante acerca de Él.*

Esta *intuición reflexionada pero siempre tanteante*, a medida que el hombre se entrevé a sí mismo en su singular originalidad, *va adquiriendo progresivamente consistencia y va haciendo su morada en él lentamente, de forma estable.* Así es como el hombre llega a reconocer, subyacente en sus actividades, una Acción, continua, perseverante y como "orientada" que, en la entraña misma de sus decisiones y a través de las complejas peripecias de su historia, le hace llegar a ser.

Esta intuición está tan enraizada en el pasado y, por decirlo así, está tan imantada por el porvenir de cada uno, aún inaccesible, que resulta incomunicable a otro. De suyo acompaña el *movimiento de fe* que se origina en cada hombre. Abre, por una especie de anunciación, hacia lo que no depende sólo del conocimiento. Y, justo por eso, no empuja a adherir, de forma acrítica y absoluta, una creencia que, merodeando en torno al misterio de Dios, cree que lo llega a coger justo cuando lo disipa, tal como hacen la credulidad y la religión instintivas. (²)

---

(²) *Plegarias de hombre*, Madrid, AML, 2000, p. 14-15. El fragmento es de 1978.

---

### [III] VIGOROSA INDEPENDENCIA

Légaut sostenía que cualquier cristiano está llamado a convertirse en discípulo. Para ello, así como, «poco a poco, se fue haciendo más clara en Jesús la evidencia de que *su religión ya no era en absoluto la de su medio*», así también el hombre de fe tiene que ir descubriendo y alcanzando una *vigorosa independencia* respecto de la forma religiosa del cristianismo de su medio y de su tiempo. Sin embargo, como ya indicamos en el apartado anterior, Légaut, en *El hombre en busca de su humanidad* y, por tanto en el capítulo sobre la filiación y la paternidad espirituales, *extiende* lo que sucede dentro del cristianismo al resto de tradiciones. Todo hombre tiene que alcanzar la vigorosa independencia aquí descrita, respecto de su propia tradición, para lo cual es fundamental la *ayuda* indirecta de un mayor.

El camino cuya meta es convertirse en discípulo, aunque *inicialmente facilitado* por la adhesión a una cristología enseñada, supone una *vigorosa independencia* respecto de lo que se piensa, se dice y se hace comúnmente tanto en el mundo como entre los cristianos. ¿Sería posible una *independencia* semejante sin una aguda toma de conciencia de la seriedad y del frecuente dramatismo de la vida? Hay que sentirse responsable del propio destino frente y contra todo, a través de acontecimientos que, si uno no se los apropiase creándoles un sentido, en medio y a pesar del ir y venir de las modas intelectuales, resultarían radicalmente extraños, por no hablar del ir y venir de las fantasías delirantes y de la zarabanda de pasiones que el poder y la propaganda amplifican, omnipresentes. Tarea imposible sin la ayuda del espíritu crítico, sólo alcanzable por la experiencia de una vida expuesta, vivida a la intemperie, tenaz, perseverante, desinteresada, ajena a todo compromiso, cueste lo que cueste. Por donde pasó el Maestro, debe pasar también el discípulo. Uno no puede llegar a ser discípulo de Jesús sin enfrentarse con su propio medio, incluso aunque éste sea ya cristiano en cierto modo. De hecho, su medio sólo es cristiano mundanamente: es cristiano porque está instalado en una tradición que incluye dicho nombre pero nada más, se diga lo que se diga y se piense lo que se piense.

---

Esta *independencia* no es la de quien, intentando afirmarse a sí mismo ante sus propios ojos –porque para encontrarse no conoce otra forma de liberación– se enquista en *una oposición sistemática* a su medio, forma tan disfrazada como cándida de seguir dependiendo de él. Esta toma de conciencia tampoco debe nada, en lo esencial, a ninguna ideología, aun cuando inicialmente se haya servido de alguna para nacer. Además, esta independencia es absolutamente distinta de una consecuencia derivada de la adhesión a una filosofía, aunque tal filosofía fuese de inspiración personalista.

Esta independencia y esta toma de conciencia pueden alcanzarse y conservarse sólo cuando el hombre, por una parte, tiene presente diariamente un *pasado* vivido noble y resultante y, por otra, cuando ha captado el sentido fundamental de su vida a través de los meandros y extravíos de su camino, de modo que sigue siendo digno de ese pasado, dando frutos larga y secretamente madurados. Esta independencia y esta conciencia permiten y promueven, gracias a la *autonomía* que sólo ellas procuran, la espera y la búsqueda de lo esencial, ambas arraigadas en el ser. Sin esta espera y esta búsqueda, aunque uno sea eminente exegeta y docto teólogo, el encuentro con Jesús, en el nivel del discipulado, es imposible.

Sin duda, estos especialistas pueden hablar de la presencia de Jesús en uno mismo, e incluso puede agradecerles insistir y disertar ampliamente sobre el tema. Sin embargo, con sus formulaciones, se quedan en el plano de la doctrina, en el que las palabras se benefician de un sentido claro y preciso que satisface al espíritu pero que embauca al creyente. Sucede lo contrario cuando el discípulo se ve obligado a usar estas mismas formulaciones para expresar la presencia de la que vive. Siente confusamente que, con dichas formulaciones, traiciona esa presencia: la encarece y sobreestima en demasía como suya por el encadenamiento de los análisis y la seducción de las imágenes. Después de haber hablado, le invade un secreto malestar: lo que acaba de decir no es del todo falso, aunque tampoco es verdadero; no es del todo irreal, aunque sea radicalmente inadecuado.

Ni una independencia ni una toma de conciencia así se enseñan en los libros. No se aprenden en los pupitres de las escuelas, aunque allí

---

se aborden las ciencias humanas y se exalte la excelencia del pensamiento libre. Para descubrirlas en su originalidad, sana y creadora, es probable que sea necesario el encuentro con un discípulo que se halle bastante adelante ya en su seguimiento de Jesús. Por su madurez, un hombre puede ayudar indirectamente a la maduración de otro, en la medida en que ambos sean espiritualmente cercanos. Uno puede revelar al otro a sí mismo en la medida en que haya sido levantado hasta su propia revelación. Lo hace *sin pretenderlo y a menudo sin saberlo*, sólo por lo que él es. Cuando esta *maravillosa comunicación*, fruto de una secreta armonía, es posible, desbarata obstáculos y distancias; fluye y se desliza por debajo de todo lo que une y de todo de lo que aparentemente opone; se sirve de lo uno y de lo otro. Por una especie de perspicacia que hace que se reconozcan sin haberse visto nunca, estos dos seres se aproximan y se aportan recíprocamente mucho más de lo que pueden llegar a imaginarse y de lo que ninguno de ellos habría podido alcanzar por sí solo; mucho más de lo que ni siquiera hubieran podido desear de forma suficientemente real y estable. Así se reconocieron y aproximaron Jesús y su primer grupo de amigos. Sucedió de una forma tan extraordinaria y poderosa, tan singular y única, que los discípulos acabaron adorando a quien al principio habían sólo venerado. (3)

#### [IV] MARAVILLOSA INSEGURIDAD

El fragmento que sigue hace referencia al cristianismo; sin embargo, su idea, como la de los fragmentos anteriores, puede extenderse al resto de tradiciones, tal como hizo Légaut en *El hombre en busca de su humanidad*. Légaut *extiende* al «hombre de fe», cualquiera que sea la tradición en la que esté y cualquiera que sea su ideología de origen o aquella en la que se mueve, religiosa o no, lo que él describe, en este fragmento, acerca de la vitalidad del cristianismo.

---

(3) Ver: «Llegar a ser discípulo» (1975), *Cuaderno de la diáspora 2*, Valencia, AML, 1994, págs. 42 y 74-76. Ver el artículo completo en: [www.marcellegaut.org](http://www.marcellegaut.org).

---

La *vitalidad* del cristianismo se mide tanto por los múltiples grupos de este tipo que surgen, diversos en extremo, cuanto por la discreción y la rapidez de su desaparición cuando conviene. La Iglesia sólo puede vivir verdaderamente a la altura de su misión renaciendo sin cesar a partir de comunidades que la engendran después de que ellas mismas han nacido de ella; comunidades que después, tras de haberla servido, se eclipsan y desaparecen. *Esta maravillosa inseguridad, constante desafío para las prudencias y la sabiduría política, se asemeja a aquella otra inseguridad de la fe, a la que ninguna creencia puede hacer cierta como un conocimiento.* Esta sucesión, esta alternancia de nacimientos y de muertes, es la ineluctable consecuencia de la esencia de la Iglesia; esta sucesión y alternancia son necesarias para asegurar la permanencia de un cristianismo fiel a su origen.

Ahora bien, estas fraternidades son raras y poco frecuentes porque los seres, ya de por sí poco numerosos, que podrían *ser su primera piedra* tienen ante sí un camino difícil de seguir en el que muchos tropiezan y fracasan. Es preciso que estos hombres sean fuertes y sobre todo tenaces a pesar de sus debilidades, y que se mantengan firmes frente a una sociedad que unas veces los combate y otras los tienta y seduce. Es muy frecuente que acaben absorbidos o convertidos en sus *satélites* por las organizaciones religiosas existentes, con frecuencia más sólidamente estructuradas que verdaderamente espirituales, y que son grandes devoradoras de hombres, sobre todo de los mejores. En concreto, con demasiada frecuencia, estos seres *confunden*, como llamada al estado sacerdotal o monástico, la atracción e irradiación espiritual que experimentan ante los sacerdotes o religiosos que conocen y que lo son de forma original y vigorosa. Esta confusión les lleva así a entrar en unos estados que les impiden llegar a ser los *pioneros* de los nuevos tiempos que precisamente ellos podrían llegar a ser en la Iglesia. De este modo, el pueblo cristiano se ve privado de gran número de sus miembros más vigorosamente espirituales, que serían de lo más necesarios para que *nacieran* en su seno este tipo de comunidades. <sup>(4)</sup>

---

<sup>(4)</sup> *Creer en la iglesia del futuro*, Santander, Sal Terrae, 1989, págs. 150-151. Ver esta cita en *Cuadernos de la Diáspora* 16, Madrid, AML, 2004, pág. 223. Ver asimismo este fragmento en: <http://www.marcellegaut.org/?id=asociacion/fragmentogrupos>.

---

La imagen de la primera piedra o de la roca inicial es clásica. No obstante, Légaut renueva esta imagen porque piensa e imagina, en concreto, qué hace una roca en medio del cauce de un río o en medio de la corriente de la vida. La imagen plasma muy bien entonces el papel del «jefe espiritual», es decir, de toda persona de fe y adulta. En torno a estas personas se forman comunidades invisibles pero verdaderas, gracias a la irradiación de su «paternidad espiritual».

Para que se forme una isla en medio de un río, hace falta una roca a la que los aluviones puedan aferrarse. No creo que una comunidad pueda nacer y vivir sin la *estabilidad* y la presencia *tenaz* de *uno o varios* elementos de base. Ninguna organización ni estructura puede remplazar o dispensar una presencia permanente y estimulante, sin cesar disponible; y disponible además por completo, en la medida de lo posible. *Por eso doy tanta importancia a la paternidad espiritual y a toda forma de irradiación espiritual estable y discreta.* (5)

## **PAPEL DE LA PATERNIDAD Y FILIACIÓN EN LA EXPANSIÓN DE LA VIDA ESPIRITUAL**

Para el hombre, esta *exacta superación*, esta *liberación radicalmente distinta de una fácil emancipación*, son las condiciones necesarias de su crecimiento, del descubrimiento de su misión y, por consiguiente, de su fecundidad espiritual. También son sus consecuencias pues unas y otras van a la par. Pero, ¿podría el hombre realizar correctamente esa superación y esa liberación, y abrirse así sobre sí mismo, *sin alguien* que, por su testimonio y su presencia, le inspire o le confirme en la ruta que debe tomar, le ayude a corresponder a las exigencias y llamadas de su ser, y luego permanezca junto a él, invisible pero realmente, en la soledad del mar abierto?

---

(5) *Questions à... réponses de M. L.*, París, Aubier, 1972, págs. 85-86.

---

*Tal es el papel decisivo del hombre espiritual junto al joven llamado a heredar y a perpetuar su espíritu comunicándolo a su vez.* Con esta intención, el anciano responde a lo mejor de su discípulo sin apoyarse en lo menos bueno a pesar de que hacerlo le podría parecer que favorecería su tarea, y le transmite seguridad acerca de la exactitud de sus aspiraciones más profundas. Sin embargo, ojalá que no le acucie para que las precise y las oriente precipitadamente conforme a sus medios de acción y a las necesidades de su medio, pues quien está buscando su camino está, ya de por sí, demasiado dispuesto a hacerlo. Al contrario, ojalá le dé a entender *lo poco que uno conoce al principio su verdadero nombre* y cómo el plazo que se nos da para descubrir la propia misión en su esencial originalidad es toda la vida. De esta suerte, el anciano incitará al joven a purificarse de toda contaminación proveniente de su debilidad, de su origen y de su situación social, así como de alguna ambición legítima en sí misma. Y, llegada la hora de los compromisos graves y definitivos, le ayudará a dominar sus aprensiones ante un porvenir fecundo y no carente de alegría pero tanto más exigente y solitario cuanto más largo sea el plazo y el alcance de dicha fecundidad.

¿Podrá el anciano *hacer comprender al más joven, sin sobrecargarlo prematuramente*, de qué forma, a menudo dramática por el vigor de la vida que le aguarda, esta exigencia, que personalmente le concierne sin provenir de una ley general y que nació de la fidelidad y no de la obediencia, lo acorralará en límites infranqueables; cómo esta exigencia le obligará a reconocer estos límites a través de ciertos sufrimientos sordos que se le impondrán a pesar de una autodefensa instintiva; cómo, a causa de estos límites, deberá pasar por crisis de abatimiento y de desesperación antes de que pueda, mucho más tarde, llevarlos en paz y con humildad; y qué singular conversión tendrá que realizar con ocasión de sus propias caídas? ¿Sabrá *transmitirle la seguridad* de que, a pesar de las apariencias del momento, la respuesta sin reservas a las exigencias de la fidelidad suscitará infaliblemente en él, en el porvenir, los medios nuevos e indispensables para el ejercicio de su misión?

Quien entra así en su propio camino presiente muy pronto el aislamiento y el destino singular que le aguardan; no puede pensar en

---

ello sin que se le encoja el ánimo. Si busca en exceso compañía, corre el riesgo de apoyarse indebidamente, no sin causar daño, en aquellos que sólo le pueden acompañar por breve tiempo porque enseguida tienen que dejarle y proseguir su propio camino. Por otra parte, si se ata demasiado a la obra actual que le confirma en su vida presente, corre el riesgo de no corresponder con exactitud y sin retraso a lo que mañana le será solicitado. El anciano, quizá ya lejos para siempre, ¿seguirá estando *presente* para él lo bastante como para darle fuerzas en vistas a asumir su destino solitario e itinerante a menudo, y para ayudarlo a no caer en la tentación de mirar hacia atrás o de extraviarse en callejones sin salida?

El anciano tiene que estar *cerca* del más joven pero *sin tener influencia* alguna sobre él que pudiera deformarlo en lugar de ayudarlo. Mirará de guardar la necesaria *distancia* a fin de que no exista la posibilidad, por ninguna de ambas partes, de una acomodación o de una posesión o dependencia debidas a cierta complacencia, aunque ello supusiera una ayuda. ¡Ojalá su *comunión* se realice sólo a nivel del ser, en el que cada uno es sólo lo que es pero auténticamente y que conferiría un clima de íntima intensidad a su mutua reserva e incluso silencio! (HBH, 274-276)

Esta *comunión* entre dos seres [propia de la filiación y paternidad espirituales] brota de *un cierto espíritu común*, interior e indefinible, que actúa de manera análoga en cada uno de ellos. Por esta razón, trasciende las formas y estados de vida. Extrae su fuerza de cada uno de ellos, sin deber nada importante a la edad, al sexo, o a los orígenes familiares y sociales aunque encuentre ahí algún punto de apoyo. Esta comunión burla los obstáculos que encuentra en su camino; perfora tiempos y espacios, y toda distancia que separe a los hombres.

Esta comunión se desarrolla de forma nueva en cada ocasión. No guarda ninguna relación con lo que puedan producir los métodos que pretenden fomentarla. Una *afinidad real* entre los seres a los que concierne se manifiesta siempre desde el comienzo. El de más edad *se reconoce* en el más joven; se siente confirmado en su camino por este encuentro que le hace revivir el pasado con una renovada com-

---

preensión. Palpa, con mayor evidencia que la permitida por la vida ordinaria, la consistencia básica de su propia existencia. Percibe el sentido y la fecundidad de su misión gracias a la luz que surge de la presencia del joven, rico en promesas, en pleno crecimiento, vuelto hacia el porvenir.

Paralelamente, el joven deposita espontáneamente en el mayor una confianza total y hasta una admiración ingenua. Sin saberlo todavía con claridad, nace en él una gran esperanza. Despierta a la llamada de un porvenir oscuramente deseado pero que, de todas formas, no hubiera creído posible. Despierta a sí mismo. *Entra en la libertad. Adentrándose en la intimidad del mayor, se descubre como nunca lo había hecho antes. Al escucharle, se escucha a sí mismo. En realidad, ya sabía lo que el otro le está diciendo, pero aún lo ignoraba* al no haberlo expresado ni pensado nunca con cierto vigor, por lo cual lo había olvidado una vez entrevistado. Se sorprende ante tal unión espiritual que le revela hasta qué punto vivía solo antes de tal *encuentro*. Y cada uno, hablando al otro, se habla a sí mismo, pero empleando unos términos que, en cualquier otra circunstancia, no se le hubieran ocurrido. Cada cual extrae de sí, gracias a la presencia singularmente eficaz del otro, un testimonio que ninguna iniciativa ni ninguna técnica hubiera podido provocar. En ciertas ocasiones, estando juntos, les vienen espontáneamente al espíritu pensamientos que les revelan lo que lentamente germinaba en ellos pero que aún desconocían.

La confianza total que se tienen estos dos hombres básicamente semejantes y sin embargo bien distintos deberá *purificarse* progresivamente de lo que tenía de candidez al comienzo. Poco a poco llegarán a *criticar* esa candidez con precisión y la situarán en el nivel de lo mejor de sí mismos. Paulatinamente se *liberarán* de toda imitación, de toda concesión y adaptación mutua. Reconocerán con lucidez los *límites infranqueables* de cada uno, pese a no detenerse más de lo necesario en ello. No se unirán más que por las *cumbres*. *Transformarán su mutua confianza en fe*. Progresivamente impregnada de mayor *discreción*, esa fe será fuente de oscura comprensión, de silenciosa presencia recíproca.

Esta fe les hará salvar la distancia que los separa sin violar su soledad esencial. En un clima fraterno, les permitirá respetar, en cada

---

uno, la autonomía indispensable para ser fieles a su yo profundo y a su misión. *Son tan capitales la libertad y la independencia* que cada uno, al elegir, debe rehusar apropiarse de aquello que, viniendo del otro, no despierta en él un eco real. *No hay obediencia sistemática*, fundada en alguna doctrina o dictada simplemente por la prudencia, *que pueda sustituir a la fidelidad a sí mismo* sin incurrir en engaño.

Aunque al principio parecía que uno recibía más que daba y que el otro daba más que recibía, en lo sucesivo ya no será así. Llegado el momento, *se encontrarán a un mismo nivel*, cada cual en su lugar, cada uno presente al otro, bregando ambos en búsqueda de su propia humanidad. Mutuamente se ayudarán, a menudo menos por lo que hacen que por lo que son. *Entonces ya no habrá ni maestro ni discípulo sino una comunión y un respeto a los que, muchas veces, acompaña la maravilla ante la originalidad y el misterio entrevisto del ser del otro*. De ahora en adelante, paternidad, filiación y fraternidad estarán demasiado íntimamente entrelazadas como para poder distinguirse. Sus gavi-llas, anudadas en el silencio de cada uno, se dilatan en caridad. (HBH, 255-257)